

De ombligos de la luna,  
cartografías, cipreses,  
digresiones, maromas,  
zonas tórridas, fines del mundo,  
herencia e inicio de una  
tradición. Fotografía de paisaje  
actual en México 1980-2013.

Gerardo Montiel Klint

## *Existe una lección en cada paisaje*

Marcela Rico

### **I. Cartografía**

México: el ombligo de la luna, geográficamente situado en las coordenadas 32° y 14° norte, y 86° y 118° oeste. Territorio que colinda con los Estados Unidos de América al norte, al sureste con Guatemala y Belice, al poniente con el océano Pacífico, y al oriente con el golfo de México y el mar Caribe. Tiene una superficie cercana a los 2 millones de km<sup>2</sup> ubicados sobre la placas norteamericana, pacífica, del Caribe y de Cocos. Se encuentra en la decimocuarta posición de los países más extensos del mundo, con 11 122 km de litorales continentales y 3 269 386 km<sup>2</sup> de agua dulce. Además, por su geomorfología se divide en 15 provincias fisiográficas: penínsulas, llanuras, sierras, mesa del centro, o el eje neovolcánico, donde 17 estados costeros constituyen 56.3% de la superficie continental del país. Gran parte del territorio está acompañado por la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental. Se divide por el trópico de Cáncer en dos zonas climáticas: la tropical y la templada, que a su vez están alteradas por relieves y océanos.

Éste es, entonces, el territorio, la plataforma, los ecosistemas que conforman el paisaje que nos da identidad, condición de vida y singularidad. Debido a su variada geografía, latitudes, orografías, climas, océanos o penínsulas, entre muchas otras cosas que nos aglutinan, México es así muchos Méxicos. Lo relevante aquí, partiendo de las condiciones anteriores, es el extrañamiento y cuestionamiento del por qué, con esta extensión y diversidad geográfica tan vasta, el paisaje no ha sido abordado con tanta potencia, fuerza, intensidad, vitalidad, pero sobre todo con abundancia, como lo han sido otros géneros en la fotografía en México, o a qué se debe que el paisaje no sea una tradición fotográfica como lo es para nuestro vecino del norte, los Estados Unidos de Norteamérica. Entonces, ¿es algo cultural? ¿Por qué no existe una tradición sólida dentro de la fotografía de paisaje en México?

Es importante destacar aquí que la fotografía de paisaje a la que me refiero es aquella de autoría de creadores conscientes en imponer su propia mirada, muy lejana en su intencionalidad a la fotografía que solo registra el paisaje. Así, es interesante comprobar cómo en este inicio del siglo XXI existe un *boom* muy sólido e identificable en la aparición de fotógrafos propositivos que abordan el género del paisaje como jamás se había hecho en el país.



## II. Cipreses en el desierto

Estamos intencionalmente perdidos, sin rumbo buscamos un lugar que sea un imán para fotografiar en el desierto de San Luis Potosí, horas sin encontrar nada. Hace kilómetros que pasamos por la Estación Wadley, donde conocimos a un norteamericano desaliñado que vivía ahí desde hacía meses, un "peyotero" con mirada sin rumbo. Nos pide dinero para una cerveza a cambio de un retrato, no accedemos. Tiempo después estamos en un caserío muy pequeño, parece abandonado, mi hermano Fernando pide que paremos para comprar agua en lo que parece ser la única miscelánea en kilómetros a la redonda, sale con una sonrisa y acompañado por un hombre de lentes, con camisa a cuadros, lapiceros en el bolso de la camisa y una libreta de dibujo bajo el brazo. Se presenta como profesor rural y sube al coche, nos dice: "yo los dirijo a un lugar perfecto para tomar fotos". En menos de 20 minutos de terracería llegamos. El lugar es imposible, un muro de varios cipreses adultos, junto a una poza y ojo de agua clara en medio del desierto. El maestro rural de camisa a cuadros, que apareció de la nada predice: si yo fuera Ansel Adams, desde aquí tomaría una foto, se despide de nosotros y se aleja caminando. Fernando y yo estamos atónitos con el comentario y los cipreses en medio del desierto en un atardecer.... no tomamos fotografías es más importante mirar que montar cámara y triple.

### III. Digresión

En literatura la digresión es la suspensión de toda acción, es detenerse en una descripción minuciosa como un recurso; para mí es una metáfora de lo que me implica y provoca el género del paisaje dentro de la fotografía. El extrañamiento al cual me referí con anterioridad consiste en ciertas preocupaciones: ¿Quiénes somos cuando miramos un paisaje? ¿Qué le otorga su magnificencia? ¿El paisaje podrá simbolizar y expresar verdades de otro modo inaccesibles? ¿Es acaso un estado potencialmente inconsciente, y al traducirlo fotográficamente es posible integrarlo como experiencia? ¿Acaso la manifestación del paisaje es inaprehensible a la vida como experiencia y entonces necesitamos de conceptos para abarcarla? Los fotógrafos viajeros, aquellos extranjeros que trajeron la recién descubierta fotografía a México, entendieron que el viaje a través del paisaje no es sólo un traslado en el espacio, sino que es la agitación, la tensión, la búsqueda, el asombro, en donde lo que más importa del viaje es la experiencia misma, el paisaje y la fotografía como experiencia de vida, entonces.

### IV. La maroma

Guadalupe del Carnicero, San Luis Potosí fue el último poblado después de horas de terracería accidentada, llevamos cuatro días aislados acampando cerca de la formación rocosa que conocemos como La Bonita, tomando fotografías y buscando sombra. Hoy el calor es insoportable, Fernando y yo decidimos bañarnos en el jagüey de agua turbia y tibia de donde beben los chivos y bueyes durante el día. Gabriel Figueroa nos avisa que viene alguien caminando. Muy a lo lejos apenas se distingue una silueta humana, es como una aparición, y se dirige rápidamente hacia nosotros. Es alguien muy joven, no lleva nada consigo, suda copiosamente, nos pide agua, le regalamos agua y naranjas, a nadie se le niega agua en el desierto. Nos pregunta: “¿Y pa’ dónde es la Maroma?”, Gabriel que es el más ubicado le señala con la mano hacia la nada: “Es pa’ allá, mano”. Nos da las gracias y continúa su acelerado paso. Gabriel entonces nos explica que La maroma es una antigua rotonda de trenes en medio de la nada. De nuevo observamos lo que sólo parece una silueta que se va desvaneciendo en el calor como una alucinación.



Oscar Farfán. *Chisis*, De la serie *Tierra Arrasada*, 2009-2010.



**Miguel Fernández.** Fin del camino I, 2011.

## V. Zona tórrida

Muy cerca de Matehuala, en la cuneta de la carretera existe un marcador de concreto por donde pasa el Trópico de Cáncer, a cada extremo una mano apunta en direcciones contrarias para señalar la zona templada y la tórrida. Iniciando el 2008, mi hermano Fernando y yo realizábamos un proyecto en el desierto de San Luis Potosí: fotografías en la madrugada cerca de Matehuala. Buscábamos locales solitarios iluminados en medio del desierto, muchos de ellos abiertos las 24 horas por ser una ruta comercial para trailers. Restaurantes, vulcanizadoras, taquerías, bases para dormir, era nuestro segundo viaje, el primero había sido hacía seis meses. Pero algo ya no era igual, la gente había cambiado, era desconfiada y ahora agresiva. No nos sentíamos muy cómodos. Fotografiábamos el restaurante Vicky por estar apagado y vacío. La cámara, trípode y escalera ya estaban montadas, nos había tomado 20 minutos armar todo, eran casi las 4 a.m., todo era muy oscuro y silencioso. Justo antes de tomar la toma de larga exposición, se prende la luz del interior del restaurante, y sale una señora, en su mano trae con una correa a un perro muy grande que nos ladra amenazadoramente. “¿Qué quieren? ¡Ya vayanse, no tengo dinero! ¿Qué no ven que hasta ya cerré el negocio?”, nos dice. Le contestamos que sólo estamos tomando una fotografía, “¿Para qué? ¡Ya vayanse o suelto al perro!” Fernando la tranquiliza y se acerca a ella. Al ver que en verdad sólo estamos tomando una fotografía, la señora nos dice: “Pensé que eran los Zetas otra vez, ya no puedo pagar más, todos estamos así, miren ya hasta cerré el restaurante no sé de qué voy a vivir, deben de platicar lo que aquí está pasando porque en las noticias no sale nada de nuestra situación, a nadie le interesamos, nadie nos ayuda, ni la policía”. Platicamos un poco con ella, el perro ya no ladra, se despide y nos dice: “Que Dios los acompañe y ustedes disculpen”. Después de esa ocasión tuve que abortar y cancelar viajes de mis proyectos de fotografía por inseguridad y violencia en los estados de San Luis Potosí, Michoacán, Tamaulipas y Veracruz. La zona tórrida abarcaba mucho más de lo que señalaba aquel marcador de Matehuala.

## V. El día del fin del mundo

En diciembre de 2012 de nuevo hay una predicción de que el mundo terminará. La masacre de indocumentados en San Fernando, Tamaulipas, ya se está olvidando, y la gente que huyó de Tampico por secuestros e inseguridad empieza a regresar a sus hogares. Por fin, me aseguran que ya es seguro viajar por carretera. Me siento tranquilo en el trayecto. No importa que sea el día del fin del mundo. Ese día quiero fotografiar el mar, entra un norte moderado en el Puerto de Madero, aprovecho para montar el equipo en las angostas escolleras que, como brazos de tierra firme, se adentran en el mar. Una camioneta ametrallada del ejército con efectivos armados se para a mi lado, me saludan y me piden que tenga cuidado por si las olas empiezan a reventar fuerte. Lo entiendo como una señal, ya sólo debo cuidarme del mar, no importa que ese día sea el fin del mundo, según las profecías mayas. Reinicié así muchos de los viajes que tenía pendientes para seguir fotografiando el paisaje.

## VI. Herencia

La fotografía de paisaje en México ha sido una historia de enaltecimientos, experimentaciones, aportaciones, renovaciones, reiteraciones, inmovilidades y decadencias. Sin lugar a dudas autores tan espaciados cronológicamente en su aparición como Hugo Brehme, Charles B. Waite, Librado García, Armando Salas Portugal, Mariana Yampolsky o David Maawad, entre otros son considerados como una referencia obligada ante la mirada humanista, directa, ortodoxa y clásica al abordar el paisaje fotográfico mexicano. La intervención/acción en el paisaje de Lourdes Grobet en los ochenta fue un trabajo de experimentación con un aporte singular y relevante. En esos años y aún en los noventa, quienes fotografiaron el paisaje como entorno/memoria, hicieron también patente su compromiso humanista/naturalista/ético al ubicarnos como espectadores privilegiados de la majestuosidad de la biodiversidad, los rastros arquitectónicos o ruinas arqueológicas; un ejemplo de ello es la producción de David Lauer, Gerardo Suter, Gabriel Figueroa Flores o Javier Hinojosa.

El relevo generacional en aproximación y aporte será en los años noventa con Alfredo De Stéfano y Laura Barrón, quienes impulsaron de manera constante el paisaje alterado, fotográficamente hablando, ya sea por medio de instalaciones *in situ* de De Stéfano o por medio de manipulaciones químicas y experimentaciones en laboratorio, como lo hiciera Barrón. Asimismo, en ese momento había autores como Ximena Berecochea, Marianna Dellekamp y Marco Antonio Pacheco, quienes, desde otra plataforma y no desde una corriente exclusiva, abordaron el paisaje como un género más de su producción; se iniciaba así, de manera habitual, una pulsión, intertextualidad e hibridación de géneros. Ésta será la historia y puente con la que autores de trayectoria estrictamente documental como Eniac Martínez, Francisco Mata, Lorenzo Armendáriz, Marco Antonio Cruz o Antonio Turok realizan su producción fotográfica de paisaje desde el ensayo como postura, con aportes y libertad significativos.



**Marcela Rico.** *Sin título*, de la serie *Paisajes de Sinaloa*, 2011.



**Marcela Rico.** *Sin título*, de la serie *Paisajes de Sinaloa*, 2010.

## VII. Inicio de una tradición

Nuevos autores aparecen en estos primeros años del siglo XXI, abrevan ahora de un andamiaje más rico y complejo de publicaciones, instituciones, sistemas educativos, seminarios, festivales, concursos y becas específicas en fotografía y demás signos de la contemporaneidad como la internet. A la gran mayoría de esta nueva generación de autores mexicanos que abordan el paisaje, al parecer no les interesa la intervención o trastocamiento alguno, tampoco la exaltación del campo o el paisaje mexicanos. Al parecer, el punto de contacto para estos autores es la contemplación del paisaje. Para ellos, la contemplación de la naturaleza no es en el sentido salvaje, pastoral, inmutable o épico, no van en busca de una revelación divina, de un enfrentamiento con la naturaleza o de alguna certeza filosófica. Con ellos vamos a contemplar destrucción, ecocidios, deterioro, alienación, miseria, invasión y lo absurdo con respecto al paisaje y su desmedido parásito: el ser humano. Aquí radica el aporte estético, social e histórico en una unidad del entorno que se manifiesta a través del fragmento fotográfico generacional, como una reflexión crítica a las prácticas contemporáneas. La contradicción es que contemplamos estéticamente a partir de la tragedia, la ruina y el desasosiego por la estupidez y riesgos que son sintomáticos de un capitalismo extremo y sin escrúpulos, que van permeando al individuo, las sociedades, los países y continentes, en que sólo podemos ser espectadores pasivos del deterioro de nuestro entorno. Esta generación regresa, casi en su mayoría, al paisaje como género único de producción; además de ser muy prolífica si hacemos un balance de los paisajistas a lo largo de toda la historia fotográfica mexicana. A este grupo pertenecen Pablo López Luz (D.F.), Alejandro Cartagena (Monterrey), Ricardo Guzmán (Guadalajara), Juan Pablo Meneses (S.L.P), Juan José Herrera (Monterrey), Ramón Portales (S.L.P), Alex Dorsfman (DF.), Alejandro Fournier (Guadalajara), Miguel Angel Ortega Bugarín (Guadalajara), Ramiro Chávez (Argentina), Diego Pérez (D.F.), Ingrid Hernández (Tijuana) y Jofras (Tijuana) entre otros. Adela Goldbard (D.F.), Daniela Edburg (San Miguel de Allende) o Kenia Náñez (Cuernavaca), quienes trabajarán con la puesta en escena y el absurdo desde la fantasía infantil, la frivolidad e idealización, la sexualidad tamizada y el uso de paletas cromáticas sobresaturadas y chillantes como elemento de dislocación, para convertir así al paisaje en un accesorio, un telón de fondo, sólo un ciclorama donde lo sintomático se asoma.



Alexander Lucatero. *Construcción 9 Variación 1*, 2012.

La última avanzada de autores abordando el paisaje tienen escasos años en el circuito fotográfico mexicano, pero aquí de nuevo hay un cambio de concepción y reflexión con respecto al paisaje: un síntoma. El país de nuevo está cambiando, el avistamiento de lo que viene parece prometedor. La acción, lo performático, el misticismo, la sanación, lo chamánico, el sentido de comunidad, el señalamiento de problemáticas sociales, el apego, la raíz, el hogar, la búsqueda espiritual, el simulacro, el asombro, la fascinación, la apropiación de imágenes vía *Google Earth*, o *Google Maps*, la fotografía como experiencia de vida: el paisaje experiencia. Con estos autores parece posible, lógico y natural el aprender una lección en cada paisaje. Y es emocionante entonces ver el empuje y propuesta de esta nueva generación: Alexander Lucatero (Michoacán), Marcela Rico (Culiacán), Miguel Ángel Fernández (Hermosillo), Óscar Farfán (Guatemala), Karina Juárez (Oaxaca), Roberto Camargo (Puebla), Julio Barrita (Oaxaca), Alfredo Karam (Hermosillo), Guillermo Serrano (Tlaxcala), Patrick López (D.F.), Claudia López Terroso (Oaxaca), Alejandro Tello (San Cristóbal de las Casas), Dolores Medel (Veracruz). En fin, quizás se esté gestando ante nuestra mirada los cimientos para una tradición sólida dentro del paisaje en el México de cambio de siglo como entrecruzamiento, hibridación o género y eso, no es poca cosa.